

YO QUE SUPE DE LA VIEJA HERIDA

Armando
ROJAS
GUARDIA





EDITORES

YO QUE SUPE DE LA VIEJA HERIDA

Armando Rojas Guardía

Armando Rojas Guardia
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2024.
CUARTA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798683838003

Diseño de portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Queda prohibida la reproducción y/o comunicación no autorizada con excepción de los casos que impone la Ley sobre el Derecho de Autor en sus artículos 43 y 44. Cualquier individuo u organización que incurriere en el uso no autorizado del contenido de este libro, podría ser castigado de 6 a 19 meses de cárcel según lo establecido en el artículo 119 de la Ley sobre el Derecho de Autor, además de acarrear responsabilidades civiles

*Para Alberto y Miguel Márquez, mis hermanos, como
tributo de devoción y gratitud A Igor Barreto, Alberto
Conte, Laura Antillano, Rafael Arráiz Lucca, Carlos
Pacheco y Arturo Sosa Abascal, por la fiesta cotidiana de
la amistad entrañable.*

*«Es tan deleznable toda poesía amorosa,
tan llena de ripios, que no puedo dejar de escribirla.*

*Especie a punto de extinguirse
en la arena del sueño juego contigo»*

Cobo Borda

*«Le saquean al pueblo su lenguaje.
Y falsifican las palabras del pueblo.
(Exactamente como el dinero del pueblo).
Por eso los poetas pulimos tanto un poema.
y por eso son importantes mis poemas de amor»*

Cardenal

*«y sólo un poema puede explicar por qué
aquel hombre mal afeitado y ebrio tiene ojos de príncipe».*

Gimfer

Boceto

...lo que os gustaría es una Obra Maestra.

De mí no la tendréis.

Martínez Rivas

Si contrariamente a lo
previsto fuera la tribu
la que diera su sentido más
puro a mis palabras.

Si la imagen —dejando, desde luego,
mesa puesta, habituales contertulios—
acogieran cicatrices,
acudiera a las pústulas
(demasiado decir: si las curara),
si la metáfora, a secas,
recibiera sin modales a la ampolla
a una ampolla de veras,
fresca y mártir,
si osara salir el adjetivo
a contar las llagas.

Si los sanguinolentos tendones del poema
Hospitalizaran —por fin— al dulce oído,
al ojo y su embeleso.
Si en mitad de los versos inocentes
Se oyera el griterío
de la celda vecina.

Microjazz

El poema es hoy
la lucidez vacía de este espacio
que deja el dolor al descubierto.
Nada tengo en las palabras
para glorificar al sufrimiento,
su polvareda recurrente
(de poco serviría acordarse de Dionisos
o de los consuelos de Jesús).
Cuento apenas con unas letras vacilantes
para abrazarme a la intemperie:

Charlie Parker

a su saxo

lo tomaba así, como a una muerte
obligatoria, que acaso —en ocasiones—
podía rozar a contraluz,
empapado por la última saliva,
aquel mapa probable
orientando los sonidos.

¿Poesía?

Digo (poema orondo, satisfecho).

Pero al lado
sus radios también dicen y
los anuncios comerciales
dicen
y dice la AP desde el periódico
y el Ministro de la cultura
dice.

Sería necesario
desdecir (se).
Hoy, es la única función de la poesía.

Casi arte poética

*Belleza... santa perra.
Sánchez Peláez*

Disfruto el poema como un brandy
lentísimo y soberbio sobre el labio.
El lujo decadente de mi ánimo
mostraría esta tarde sus estampas:
daguerrotipos húmedos, sombríos,
giros solemnes, como decir «desdicha»,
azucenas de altar y hasta magnolias
como aquella que Wilde se colocaba
en la solapa anchísima del traje
(Scotland Yard siguiéndole la pista
para hacer aún más bella la tragedia).
¿Hace falta decir que el tocadiscos
en este instante justo, murmurando
viejos clisés de Brahms para violines,
me edifica una cárcel minuciosa
donde me apresan ánades, deidades
lluviosas como silbo entre los álamos,
ánforas gigantescas con petunias
(se trata de una escena de Visconti),
un susurro de raso en las baldosas,
una charla con Proust en el balcón
mientras tose él su asma en el pañuelo,
aire opalino como aquel color
que contemplé yo en Como hace ya años

(la nota que faltaba: un viaje a Europa
cuando mi adolescencia agonizante
lloraba en pleno tren tanta belleza).
Y aun si en este minuto deseara
ahuyentar de estos versos la panoplia
de lugares comunes (¡tan sabrosos,
tan de rancio alcanfor, tan frac guardado!),
si quisiera escapar de la armonía
de estas arpas solemnes, de este nácar
con que la tarde irónica me escribe
una luz rubeniana, su hombro níveo,
su Verlaine otoñal en pleno trópico,
si para no asustaros me enseriara
y, como buen alumno del poema,
os dijera (les dijera, mejor)
ya siglo XX, idéntico a los bardos
(los poetas, perdón) de Venezuela:

*De rodillas la tarde nos evade.
Tan inerte a su luz está hoy la casa
que me duelen de frágiles los muebles
y pesa la orfandad de los jarrones.
Convalece el perfume.
Las paredes
porosas nos respiran.*

Si yo dijera así (y ya lo han visto:
puedo ser tan moderno, yo, tan lírico,
tan barthesiano si me lo propongo,
tan lector de Saussure como cualquiera,

tan sintaxis de sala de conciertos),
si yo dijera así, les mentiría:
barnizando de doctrina mi poema
—semiológicamente, por supuesto—
disfrazaría tan sólo mi homenaje,
obsceno como sexo de muchacho,
a la perra tenaz, la puta invicta,
que me sigue los pasos y me muerde
todos los días el alma, igual que en Como.

Y acaso sea por eso que me burlo
de ese animal espléndido, acezante,
de ese monstruo tallado de deseo,
de ese totem magnífico mirándonos
con ojos de Cernuda en esta tarde:
me defiende con unos versos torpes,
este Chopin tocado en la retreta,
ese art nouveau de casa de La Guaira,
esta foto velada de Venecia
que ensucia en la avenida un automóvil,
esta añoranza a la que más bien quiero,
en vez de desnudarla desnudándome,
nombrar como Andrés Mata en una plaza
bajo los almendrones de Macuto
junto a un vals merideño en la rockola.

Me sé de memoria los epítetos
(en algún calabozo no lejano
con un palo le pegan a Vallejo),
y, si convierto en ron el brandy pulcro

de este poema donde la perra ladra,
no lo olvido un instante, frente a frente:
la puta me conoce, hasta en la calle,
y esta tinta manchándome las manos
es el rastro de sangre acusadora
que atestigua mi crimen cotidiano
y me expone al castigo inevitable
de seguir cometiéndolo mañana.

Anunciación

Hoy, al llegar a la casa, por la noche,
mientras la ciudad ardía de neones
y un burdel de rojos verdes azules amarillos
-palpitando en el aire ennegrecido-
convertía al crepúsculo en muchacha seducida
por unas monedas rutilantes,
yo, en silencio,
imaginé un pacto furtivo con Caracas:
le pedí al televisor (apagado extrañamente en esa
hora)
un programa que fuera
algo así
como un arcángel repentino de Fra Angélico
batiendo sus levísimas alas
allí, en la pantalla bruscamente florida
por el crujir de un azul vespertino de Rey Mago
para trajearnos todos.

Siglo XX

Esta noche
al pasear por la avenida
de pronto
detrás de la funeraria
iluminada S E R V I C I O D E C A P I L L A S
se veía claramente un escritorio,
se adivinaban los papeles
(contabilidad y recibos).

La Estigia de color de cheque.
Caronte vestido de flux.
La Danza de la Muerte
(¿ Qué se hizo el rey Don Juan?)
alquilando su cadillac lustroso
para entrar, tocando la corneta,
en ese inapelable, último polvo
de un archivo en la oficina.

Si, Visconti

a Richard Lizardo.

Dulce pantalla
un tanto ajada ya, rosa de noche,
levemente amarilla
 como la edición
que un ansiado D'Annunzio nos firmara
-el tormento tiene néctares lujosos
para los que desconocíamos un nombre-
en las butacas de este cine, al que acudimos
hartos de autopistas y monóxido:

tu olor de esperma fúnebre
en el que vespertino me consumo oyéndome
temer la risa de Tadzio en la caverna
donde la última, la negra
flotilla de góndolas me anuncia

que aun este fasto del deseo
ha de cambiar (se hará canoso
en Polonia, como todos/los turistas
fotografían palacios en Baviera),
pero esta vez, sí, regia
Sicilia de los cuerpos idos,
para que todo cambie.
(Cuando se prenden las luces, te me impones
en mitad de mis ojos empañados

como una lección de esgrima antigua:
descubrir en la autopista la opulencia
y en el monóxido aquel color bruñido, ópera
oculta,
que me lo haga respirar
 como tú mismo, acaso,
lo tosías en Milán, mirando el Duomo).

Alberto

Deseoso es aquel que huye de su madre.

Lezama Lima

Pequeño sabio del blue-jeans, rey silencioso
gobernando en secreto nuestros ritos
(el ron de medianoche, las palabras
ebrias de bolero y nicotina, los encuentros
alumbrados por el neón de la avenida
junto al insomnio parpadeante de los bares
mientras los cines vomitan su ración de gente).
San Alberto paseando, clandestino,
tanto trayecto del deseo
que aguarda su final desde la infancia:

La Salle era
un bosque sagrado de pupitres
donde los corredores jamás desembocaban
(olor ensotonado y catecismo)
sino en la capilla roja del burdel: rituales íngrimos
buscando con torpeza entre las sábanas
una lección sólo en el tacto presentida.

Aqué! eres aún entre nosotros,
el que en la casa de putas sintió miedo
y no se lo dijo a sus amigos:
ese muchacho recorriendo cuartos,
todas las habitaciones del deseo,
pero con qué miedo magistral y taciturno,

como si se tratase de que la erección rezara
-allá, más joven que ahora
lo decías: «Tuve miedo de no encontrar a la mujer»,
y es que, sin barba aún, ya la buscabas,
la mujer que es carne aérea de aquel viaje,
el viaje interminable, el viaje beat
con sandalias al sol en el cerebro
que todas las semanas te propones,
la mujer vacacional, la inagotable,
el sábado absoluto (ven vagina de week-end
a convocar al sexo del espíritu)
-«¿por qué no nos vamos a la playa?»
-«¿por qué no cogemos el autobús pa' Mérida?»
-«¿por qué no nos vamos pa'l carajo?».
y es el mar sin horizontes, los Andes últimos,
la mujer, sin más, tras los pasillos
esperando después de tanto horario
en un ápice frutal, una miel negra
frente a un jeep dominical.

Porque la Escuela de Letras
(lunes sonando, aula 216, pizarra virgen)
puede ser también el laberinto
del huérfano deseo, hasta que al fin
las habitaciones de siempre,
los cuartos aquéllos, recurrentes, comuniquen
y un viento de rock trepe a los muslos
de alguna profesora de La Salle
y zarpe la universidad, bajo la lluvia,
a esperarte desnuda sobre el césped,
pubis del viaje ya tocable

porque de bruces el burdel converge limpio
para que los corredores se reúnan:
todo el recorrido fue en su vientre,
el viajero le huía regresando,
madre puntual.

Es todo cuanto quería decirte, secretísimo
y recién nacido sabio del cigarro,
aquí estamos amigos y discípulos
despidiéndote

(la reunión se termina, los adioses
saben apenas a colillas, suenan vasos
vacíos, zumba el sueño,

Caracas se ahueca en nuestros pasos)
es la hora de irse
«-¿por qué no nos vamos pa'l carajo?»-,
un olor de senos libres limpia el aire
convidándonos.

Madrugada

Papeles. Libros y carpetas
al acecho. Libretas y cuadernos, rigurosos.
Un poco más allá, las fichas
donde el saber coleccionado
duerme su vanidad inútil.
Indiferentes y tercas, las paredes
delimitan el insomnio, esta vigila
que mide el silencio de las puertas,
calibra la geometría del piso,
palpa la exactitud de la ventana.
Reloj fijo. Si abro el closet
encontraré a mi ropa tiritando. En las gavetas
los labios del secreto se entreabren.
El espejo devuelve una anécdota boba:
yo escribiendo estas líneas.

Sé que busco
tu olor en las palabras: es tu cuerpo
respirando en las letras del deseo.
Pero en vano. Hoy sólo te nombra el desalajo
y en este cuarto náufrago ejercito
la autopsia del recuerdo.

La obscenidad de la memoria

No dejo de asombrarme de que seas
una costumbre de mi carne:
esta vaga ternura que no cede,
este clima del sexo, unas palabras
aún ahítas de tu forma de decirlas,
el sobresalto al pasar por ciertas calles,
un olor demorado de la almohada
y la lección más reciente de tus hábitos: la atención
que ahora le presto al rock y la manera
de leer, desayunando,
la Página de Arte del periódico.
Me resigno en silencio a esta agonía
que te prolonga en mí cada mañana.
No bastaba un adiós -puntual, preciso-,
era necesario también arrepentirse
de la obscenidad de la memoria
cuya vergüenza irónica suplica
la absolución de un nuevo cuerpo
donde el olvido se reaprenda.

Poema

Nada hay sobre esta costa
que se sostenga impávido.
Incluso el mar
 yace condenado
con un rumor de olas despidiéndose
que nacieron un día
y en otro morirán, disueltas,
cuando la tierra sea un último fragor
bajo la indiferencia de todas las galaxias.
Si digo uva de playa,
dulzura de almendrón a boca plena,
tardo vuelo de alcatraz,
resaca invicta,
 nombro apenas esta carne
de todo lo que no recibió promesa de durar
en medio del crepúsculo.
Lo que nadie sabe es que esta tarde,
absorto con tu olor, soy cuerpo al fin
nítidamente transcurriendo,
viviendo en balde y sin doctrina:
 te respiro
para olvidar la eternidad
y erguirme inútil, pleno,
hasta una muerte que se te parezca.

Yo que supe de la vieja herida

Yo que supe de la vieja herida
cuya sangre embriaga: la saeta,
la terquedad silente del flechazo
traspasándome la llaga en la oficina
o al subir al autobús, o al suspirar
la modorra de la siesta: llaga virgen
donde el vino de la ingele se derrama,
y todo porque el fasto de tu vello
y el brillo de tus lentes
y tu aire atildado, distraído,
insinuaban erecciones imprevistas;
incómodos boleros del deseo;
yo que tuve, a través de este error, la inteligencia
de entender un poco al niño ciego,
al hijo de Ares y Afrodita
 que, importuno,
solicita -cuando nadie espera-
su visita tenaz, su ardua entrevista,
y me dejé resbalar hasta el infierno
donde no me aguardaba ya ninguna Eurídice,
pero fue igual porque gemí -long-play demente-
con la voz de Francesca en mis entrañas,
yerto como Dante junto a las confesiones
de mi propio deseo castigado,
y lo mismo sentí el gran huracán, el semen álgido,
tanta tromba sonora por mis sótanos
porque sin ningún Virgilio tutor te imaginaba

durmiendo solitario en lecho grande,
¡mi ciclón genital, irredimible!
-salvo en la almohada de la noche íngrima-
(ya ves en qué Orfeo pedestre me trocabas
a fuerza de negarte hasta en los sueños:
a la mañana siguiente la pasta de dientes y la ducha
colocaban a Francesca otra vez en la oficina
y el Hades olía a café, mero y trivial, de desayuno),

ahora sólo entreabro la puerta del poema:

entérate del poder que convocaste
para dilapidado sin orgullo,
échale una ojeada, desde aquí,
al adobado vino, al polvo enamorado
cuyas magnificencias te aguardaban
y hoy son apenas el neón enfermo de esta luz,
el roce minucioso de mi lápiz,
este papel mugriento donde atisbo
una sintaxis monótona de días
en los que iré a los cines (por supuesto, solo)
a ver cómo se besan los amantes

Beato de ti

Titilaban las llamas de las velas,
velas prendidas a un Dios inexistente
en la penumbra olorosa del incienso.
Había entrado buscando aquel sosiego
que pudiera parecérsete, aquella levitación,
casi galáctica,
que fuiste capaz de soplar sobre mi cuerpo
la otra noche, amaneciendo.
Un cortejo de estatuas -los santos de mi infancia-
tutelaba mi devoción atea de esa hora
(yo no pensaba en Dios, te deseaba,
y en la iglesia vacía, mi deseo
blasfemaba de tanta pasión por lo imposible
que aún erige sagrarios, quema velas,
esculpe miradas de éxtasis y pinta
retablos de ángeles rosados.
Yo sólo creía en ti, zarpa florida
de una carne exactísima y concreta).
Caminando a grandes pasos, recordaba
-allí, sobre las baldosas de las naves-
al Baudelaire que me dibujó en la piel
bautizada en mañanas de colegio
gatos tibios capaces de orinar confesionarios,
al Zaratrusta en quien mis dieciocho supuraron
su sífilis de orgullo -la más sacra, sin embargo, y regia-,
a los bares donde todo poeta de mi edad
acudió a pedirle a Rimbaud que autografiara

el lugar común de la desdicha
contra las serpentinas del acto cultural,
la tenaz misa de diez,
tanto pupitre masturbado a solas.
Pero al cabo me decía también
que tú eres aún más imposible que ese Dios impúdico
contando indiferente las llamas que lo invocan.
Y supe entonces que el poema
tendría a mi pesar el mismo olor de esa penumbra,
idéntico aire de tarde endomingada,
color de lágrima de cuenta de rosario.
Beato de ti, supe que a fuerza de alejarte
me vas dejando como a ese feligrés arrodillado
a quien la fe se le va volviendo ya cansancio erguido
de no recibir nunca, pero de seguir pidiendo.
Me vas dejando una piedad de viuda en luto,
crédula ante cada hojita parroquial (tus lecciones
de buen sentido, de paciencia),
repleta de ritos humillantes
(¡y los aceptas, hostia amarga!),
de calladas procesiones en busca de tus pasos,
cuando no sé quién va ante mí en la urna de cristal,
si el Santo Sepulcro que eres tú asediado por mi
[añoranza inoportuna,
o este amor mío morado y genuflexo
del que ellos, mis amigos,
librepensadores del amor, ateos de estas siniestras
[devociones,
se reirían, si supieran,
como yo me río ahora de este templo

pero rabiando porque has convertido a Baudelaire,
hospitalizado a Zaratrusta,
hecho besar a Rimbaud el anillo obispal de la
[obediencia,
y ya no me queda otra vez sino masturbarme a solas
mientras me persigno ante tu imagen.

Cavafiana

*«como hipnotizado aún por el placer prohibido,
el placer tan prohibido que acaba de obtener.»*

Constantino Cavafis

Recuerdo las torpezas del comienzo,
el olor de los baños,
la terca timidez de los paseos
buscando casi a tientas
una mirada cómplice, unos ojos
más intensos que mi culpa,
luego la temblorosa invitación
junto a un café, que sabe
dulce y atroz como el pecado,
hasta llegar al lujo de los cuerpos
en la clandestinidad de aquel hotel.
Por fin la despedida,
tal vez un intercambio de teléfonos
mientras la ciudad se despereza
y la piel conserva todavía
los olores que la ducha borrará.
Ahora que no necesito mentir
encuentros deletéreos,
porque el amor ya no requiere
de baratos hoteles ni urinarios,
ratifico sin embargo
la subversión de aquel inicio,
la ilegalidad de las caricias complotando

contra la burocracia del placer.
Saludo, como entonces,
al asombro pagano del deseo.

La noche del deseo

Gracia lasciva, en quien el mal es bello
Shakespeare

Esta tarde, al hundir mi rostro ávido
en aquella flora tibia
que brota en la juntura de tus muslos,
mientras una luna oblicua
(noche cruda del lenguaje)
iluminaba mi presencia
en las últimas regiones de los cuerpos
-nuestros cuerpos-
donde copulan dioses y animales,
comprendí súbitamente
que sólo las palabras más sucias
harían justicia al mito que nos une,
porque allí, bajo aquel rayo sagrado,
toda crueldad es inocente

y cualquier gesto
es sólo un dibujo paleolítico
al fondo de la gruta milenaria
donde aguarda la espalda obscena del amor:
aquella maldad divina
sin la cual no es posible
imaginar la perfección.

Tú

Escucho la vieja trompeta de Louis Armstrong
mordiendo la pulpa suavísima del aire.

Cruzas desnudo el yermo de mi mente
y la erección de mi sexo te dibuja
(se me empoza la ingle recordándote).
La saliva de Armstrong moja íntegro
este quejido genital, este jadeo.

Arde en el patio el mediodía.
Te secuestra el teléfono, al que miro
como al estanque la sed del animal.
Caracas interpone su tráfago grasiento
y el zumbido de las horas sin tu voz...
Entonces vengo hasta la máquina, cansado
de tanta baba y caspa de los días,
y sudo este poema donde al menos
convoco al dios sereno de tu cuerpo.

Valió la pena constatarlo

Te escuchaba reír, y adivinaba
aquel barro más hondo
de mi cuerpo,
el lodo blanco
que formó a mi alma,
la materia
de mi última, real anatomía.

Me basta estar ahí
donde te ríes,
para saberme grieta,
un hueco florecido,
algún cántaro roto,
el más húmedo
y podrido maderamen.

Oyéndote yo sé
que no hay remedio,
que nunca podré ser
aquel frondoso Armando prometido,
que siempre seré el monje
mendicante,

un mínimo juglar,

el poeta, sólo.

Trazo

Tu desnudez en el marco de la puerta

Cal nueva sobre la vieja herida

Un Botticelli adolescente
inaugura la pequeña habitación
donde aún (bícep rubio, fruta genital)
hay humedad de semen en las sábanas

Curva nítida del torso, respirando

Macuto 7 a.m.

El mar junto a tu cuerpo.
Tu espalda fulge:
es más caliente el pan,
arde la idea,
el color se desnuda, la ola estalla,
el sol rubrica rocas vírgenes,
sangra la uva de playa -abierta
y tumefacta- sobre el asfalto nuevo,
el gallo canta mientras te acaricio,
despierta el almendrón que dormitaba,
la vegetación de los cerros nos preside,
los pasteles y acuarelas matutinas
bendicen esta contumacia
de mirar la flor de tu sexo
entre tus muslos, mientras vamos apenas
descubriendo la inocencia de la carne,
devuelta a su antiguo espesor,
a su sabor primero.

Tengo un amigo

*Para Miguel Márquez, quien,
más que mi amigo, es el hermano
de sangre que no tuve.*

Tengo un amigo
Vino con él un barco
que colecciona astronomías
de ases embriagados,
soberbios dominós,
casinos puntualísimos
donde la matemática de Dios (azar la llaman)
elige a un jugador -y sólo a uno-
para apostarse íntegra.

Vino con él un puerto silencioso
-sin estruendo de blusas o banderas-
en el que, sin embargo,
una baranda
íngrima
defiende su hermosura frente al viento.
Vino con él la rebeldía
de un lobo de mar sobre cubierta
(es la imagen perfecta de mi amigo),
desvelado anarquista de las brújulas
prefiriendo la baraja de las olas,
la latitud frugal del desamparo,
al gobierno techado de la orilla:

Magallanes jugándose su estrecho,
la poesía de alta mar contra el retorno.
Vino con mi amigo una taberna
convocada por la ingele de la noche
(a la hora de arropar la poesía,
tiritando de ron, entre las ruanas),
una taberna donde la niebla suda
deltas magníficos de fiebre,
eléctricos abrazos,
racimos genitales,
alcoholes que humean, desbandándose,
y puede ser nuestra por minutos
la pulpa lunar de aquella cama
a donde va el Gato Barbieri
junto con Irma (La Dulce)
a desovar relámpagos;
una taberna junto al farol sonámbulo
-de un suburbio cualquiera, el que esté próximo-
donde nos vemos por fin tal como somos,
como nos mira la envidia de los ángeles:
piaches nocturnos a quienes mata el alba,
monólogo del último tambor,
trópico en danza que se sabe polvo
(¡pero polvo borracho de Maorisa!),
contumaces celebrantes que disparan
su máuser obstinado contra el cielo,
cuerpos que enlepra el mediodía
(pero de quienes los dioses se enamoran).
Sí, vinieron con mi amigo tragos múltiples,
mi amigo paga las cuentas esta noche:

no hay haber ni deber en su taberna,
en ella todos somos inocentes.

Por último vino con mi amigo
nada menos que el cosmos primigenio:
apareció la Nube, luego el Río, la Manzana,
se desnudó la Luz, aleteó el Pájaro
(que sabe

lo que se dice -¡tanto!-
entre los pueblos),
surgió súbitamente el Ocho
como un vértigo sensual, una autopista
de curvas opulentas
y hasta todas las letras
(empezando por la G, víbora exacta)
salieron esta vez a recibirme,
a recibimos a todos, de repente,
llamadas por Adán (el otro nombre
de mi amigo silvestre, desinfectado,
matutino).

Amaneció el paisaje. Lo miramos
con las pupilas nuevas:
trajo mi amigo con él sus bruscos ojos
para devolvernos el banquete de las cosas,
porque ese cántaro de sol, esa mirada
sacerdotal, descalza, imprevisible,
nos despertó al Objeto,
a la Cosa refractaria que está enfrente
(una Ventana, por ejemplo,
la Mecedora tenue,

un Gato cuya piel se funde en noche).
¡La Cosa muda nos dibujó sus órganos,
la impenetrable resultó porosa!
Tengo un amigo, entonces.
Vine con él yo mismo.
El me trajo en su hombro para mirar el Reino.

Oficio secreto

(San Carlos, Nicaragua, 1973)

Parada en una calle de San Carlos
-morena, desconocida amiga-
tú no sabrás nunca
de este oficio secreto:

rescatar

tus pechos tensos, tus caderas,
tu cuerpo rebosante
del lodo, los chayules y el olor
a mierda que recorre el puerto
(Guardias Nacionales y basura),
a través
de una limpieza ardiente:
mi mirada.

Sandino del Génesis

(Solentiname, Nicaragua, 1973)

*y se los presentó al hombre, para ver
qué nombre les ponía.*

Génesis 2,19

Si uno va con Elbis a fumigar sonpopos
(puede ser también a desbrozar zacate
cosechar culantro
recoger orquídeas),
donde uno no ve más que
«árboles»,

él observa malinches, papayos y madroños
(sonoros de tincos y oropéndolas
-no de «pájaros»)

y si el camino se abre junto al lago,
donde uno sólo acierta a ver una
«ensenada»,

él cuenta multitudes de zontoles ondulantes
y piedras llenas de cangrejos escondidos
(para la pesca de la tarde o de mañana)
Y los zapotes y pitahayas de la zona
-no las «frutas»

Postales de Solentiname

1

Era el año pasado (un año inútil),
yo estaba en París,
en lo más alto
de un podrido edificio de Varenne,
escribiendo poemas a una vaga,
esdrújula tristeza,
llena de calles y trenes repetidos
Mientras tanto -pero yo no lo sabía-
estas hojas de plátano goteaban
bajo las lluvias de setiembre
y el lago enormísimo esperaba
con todos sus azules bautismales
y Ernesto estaba aquí (¿tocaré a Dios
como se roza una cabellera querida y despeinada?)
y los ecos precisos de mi búsqueda
eran el grito de angustia del pocoyo
y el murmullo de amor de la oropéndola

2

De madrugada (ya para amanecer) el Lago
es sacra agua del caos
-blanco lunar donde la luz
del Génesis se expande-
Paisaje del Pre-Cámbrico (no reconozco
la costa familiar- guásimos, guayibos,
coyoles, poroporos- donde a veces

nos bañamos por la tarde)
 Noche oscura del sentido
 (también la conoce la naturaleza)
 antes de la epifanía de los gallos
 cuando Dios se despereza, majestuoso
 en los cormoranes que se elevan

3

Cuando decimos los salmos, a las siete,
el aleluya eficaz, el verdadero
lo están cantando más allá
de nuestras voces (grave la de Ernesto,
suave la de Alejo, socarrona la de Lurio,
un susurro la de Elbis),
las alborotadas golondrinas
(que el olor de la lluvia pone ebrias),
los golpes del martillo de José,
esos gruñidos de chanco junto a grifo,
los patos chapuceros gritando sobre el Lago
(y el mismo Lago, que a las siete, tiembla)

4

Sobre el guayibo
el grito largo
de la oropéndola
No hay nadie en casa
Ella está sola
-yo tecleo esto
sobre mi máquina

5

El poema

fue hoy esa media botellita de Ron Plata
bebida en la cocina por ocho amigos empeñados
en que cada uno recibiera

la misma exacta dosis de alegría

6

Mi reloj

el Lago

sus colores

7

La maleza no acaba entre las piñas
y tres nuevas nítidas ampollas
se quejan del machete
(y aún quedan tres surcos por delante),
pero en el agua de esta cantimplora
sé que Ulises

ha vuelto a Itaca,
que Cristo ha salido del sepulcro
para esperarme en los frijoles y las risas
del almuerzo.

8

A pesar de todo me acuerdo de Friburgo:
al alba se movían las hadas en el bosque,
era ancha en el cielo la piel del durazno
y exacta en el medio la brasa de Venus; en
la torre aleteaban palomas sonámbulas y

ebrios gorriones y cuervos gritando,
y la calle se abría en la niebla solemne,
olorosa aún a enero bajo cuarto menguante,
mientras yo te miraba entre graves abetos
que salían desnudos al lujo del día

9

Así como me visto de cotona, blue-jeans y botas
de hule
y no tengo sino tres mudas de ropa,
así como hago mi oración sobre un petate
-frente a un Cristo delgado de cemento-,
así como trabajo en un taller
y me baño desnudo en pleno lago,
hoy le impuse a mi poesía los trazos de este lápiz,
rechazando a propósito la máquina
y la pluma

10

La vuelta a la ciudad
es sólo lluvia, luces frías
sobre asfalto mojado,
sol en polvo, techos íngrimos,
palomas dispersas (también sucias),
vitrinas atontando y apenas
ese trozo lejanísimo de cielo
donde Solentiname proclama
su presencia

Díptico de aquella muerte

I

¿Y qué era, al fin?

Algo crecía

en medio de ese cuarto,
a mitad de las jeringas y los tubos,
abriéndose camino

entre frascos y sondas

y relojes goteando
su plasma monorrítmico,
su antibiótico terco.

Algo enorme y pleno florecía
bajo los algodones y la sangre,
detrás de aquel olor
del excremento, olor raíces
que me persigue aún entre las calles,
algo calmo y central que uno no acierta
a tocar, pero que sale
como una nueva infancia de aquel caos
donde el dolor se multiplica en luces
opacas, en camillas, en largos corredores,
en tono a media voz, en llanto,
algo así como una consistencia que planea
(dulcísima y compacta) por encima
del desastre que ocurre entre las sábanas:
no tengo a la mano ningún nombre
para la puntualidad de aquel segundo.

II

Tía Carlota enciende el cirio
(la vela del alma ¿es tan pequeña?)
¿Y a qué hora viene el cura con los óleos?
Voy a borrar este aire de paréntesis
(pero si sabemos que ya está,
que se cerró, que no hay manera),
a gritarle a la luz de este salón
(tan de incienso el aire a toda hora,
tan frágil el cristal de cada lámpara,
tan obvias las manchas de los muebles,
tan por caerse el jarrón entre las cejas)
Dios de espaldas. ¿Yo no puedo
robarme para ella una dulzura,
acercarme con mi azúcar a la caja
y sin que me importe el castigo regalarle
las preguntas del examen, los cigarros
de papá, la revista Playboy bajo la almohada,
el vino de consagrar sorbido a solas
en un rincón de aquella sacristía?
¿No puedo robarle a Dios un día de fiesta?
Tan cansada parece (¡y es de mañana!)
como viéndome un rojo en la boleta
que yo quiero sacarla de esta misa
y compartir con ella vacaciones
¿A qué hora viene el cura, tía Carlota?
La vela del alma ¿es tan pequeña?

Contenido

Boceto	7
Microjazz	9
¿Poesía?	11
Casi arte poética	13
Anunciación	17
Siglo XX	19
Si, Visconti	21
Alberto	23
Madrugada	27
La obscenidad de la memoria	29
Poema	31
Yo que supe de la vieja herida	33
Beato de ti	35
Cavafiana	39
La noche del deseo	41
Tú	43
Valió la pena constatarlo	45
Trazo	47
Macuto 7 a.m.	49
Tengo un amigo	51
Oficio secreto	55
Sandino del Génesis	57
Postales de Solentiname	59
Díptico de aquella muerte	63

Este libro se terminó de imprimir el día 9 de mayo de 2024, en el Taller Editorial del poeta **Luis Perozo Cervantes**, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristóbal Colón, dentro del Planeta Tierra; en el mismo día pero de 1939, en que naciera Ricardo Aguirre, El Monumental de la Gaita.

www.sultanadellago.com